



**Palabras del Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la  
Universidad Anáhuac México, en la ceremonia solemne de  
Graduación de Posgrado**

**28 de septiembre de 2023**

**Centro Cultural Mexiquense Anáhuac**

En un reciente encuentro del Papa Francisco con rectores de universidades latinoamericanas se generó un interesante debate sobre uno de los papeles de la universidad que se ha dado en llamar la tercera misión de la universidad. Habitualmente vemos a la universidad como un ámbito de formación por la docencia y de investigación. Sin embargo, la evolución de la sociedad ha ido demandando a la universidad el pensarse a sí misma como el ámbito desde el cual también se genera una repercusión en la sociedad y no solo por la generación de un conocimiento que luego puede ser transferido a la industria o a las dinámicas sociales, sino también por el mismo compromiso de la universidad en las transformaciones que acompañan a la sociedad humana.

Si pensamos en este momento en el impacto que aspectos como el avance de la biomedicina o las implicaciones éticas que presenta la inteligencia artificial (IA), nos daremos cuenta de que la universidad no solo no puede estar ausente de estas realidades, sino que también está llamada a influir en el desarrollo de las mismas.

En un diagnóstico realista, el Papa Francisco señalaba en una reflexión sobre las diversas cuestiones planteadas en nuestro entorno, como el cambio climático, las migraciones y la cultura del despilfarro, que es necesario ser creativos en la formación de los jóvenes a partir de las realidades y los desafíos actuales, especialmente por las implicaciones de una cultura del descarte o una cultura del usar y tirar en los temas del medioambiente, la biodiversidad y el cambio climático. Este tipo de cultura es una cultura de usar mal los bienes naturales, de no acompañar a la naturaleza a un desarrollo de plenitud y no dejarla vivir. Esta cultura del descarte nos hace daño a todos; nace de una falta de educación en el uso de las cosas que sobran, rehacerlas y reponerlas en el orden del uso común de las cosas, y también afecta a la naturaleza. Hoy en día la humanidad está enferma de este desuso o mal uso de la naturaleza y tiene que retomar este camino de saber usar la naturaleza bien a través de una palabra que puede parecer extraña: el diálogo con la naturaleza.

Esta reflexión reta a la universidad y, de modo especial, a ustedes que ya están en el mundo profesional y que hacen de su maestría o de su doctorado el modo en el que aportan todo su valor a la empresa o a la sociedad para preguntarse cómo están influyendo en el ambiente en el que se desarrollan. Queda claro que hoy no podemos excluir todo lo que hemos recibido de la universidad y todas las competencias que hemos adquirido de nuestra trascendencia profesional, familiar y social. Competencias personales que hoy englobamos en el concepto de habilidades blandas, como el pensamiento crítico, el trabajo en equipo, la responsabilidad, la inteligencia emocional, la resiliencia, la gestión del cambio y, por supuesto, el liderazgo, una de las que nos distingue como Universidad. Competencias que también nos han abierto el ámbito del trabajo colaborativo y del *networking*, factores que se fomentan en estos programas y que complementan la vida del posgrado universitario, o los programas en los que han potenciado nuevas destrezas digitales.

Por eso, la Universidad y, de modo especial, cada uno de ustedes como sus egresados, debe tener la conciencia de esta tercera misión. Si solo hubiéramos trabajado en instruirnos por

la docencia o si solo hubiéramos trabajado en mejorar el conocimiento por la investigación, habríamos dejado trunca la misión universitaria que conlleva el que, como afirma Senén Barro, director del Centro Singular de Investigación en Tecnologías Inteligentes de la Universidad de Santiago de Compostela, la universidad ha de hacerse emprendedora desde la docencia y la investigación, educando para querer saber y querer hacer, no solo para saber y saber hacer.

La orientación de la universidad y sus egresados a la cooperación para el desarrollo, la creación y difusión de la cultura o la formación durante toda la vida profesional es una extensión lógica de la misión universitaria. Son, en definitiva, formas diversas de mejorar la sociedad a través del conocimiento. En definitiva, nuestros grados no pueden ser solamente un autoelogio narcisista o una simple celebración de metas adquiridas. Nuestros grados serán siempre una llamada a la conciencia de que desde nuestra excelencia profesional debemos buscar la excelencia del liderazgo de acción positiva que permite retomar, en palabras del Papa Francisco, la expresión *organizar la esperanza*, es decir, generar un entorno de ecología integral en el que el ser humano ocupa un lugar desde la dignidad reconocida en sí misma y desde el respeto a la identidad de las personas y entornos en los que se relaciona. Esto nos impulsará siempre a ser promotores de una cultura en la que se promueven los valores humanos y personalistas, en la que se promueve el diálogo con madurez y con sentido crítico que busca la verdad, el bien y la belleza a la hora de llevar adelante los procesos de desarrollo.

En definitiva, se trata de que desde la profesión de cada uno, desde la pericia de cada uno, seamos promotores de los valores de la persona, dispuestos a defenderlos, conscientes de que, efectivamente, somos parte de una sociedad con vértigo en sus avances, pero no somos solo parte de una sociedad con vértigo en sus avances, somos hombres y mujeres que se saben capaces de trascender las circunstancias para vivir los valores que nos hacen relevantes y llenos de sentido. Este es el valor de los grados de maestro y doctor que ustedes

hoy reciben. Este es el gran valor que hace que la Anáhuac México sea una comunidad comprometida con formar a grandes líderes y mejores personas.

--ooOoo--